

Con un palo quiero  
Ponerlos en paz:  
Garrotazo viene,  
Garrotazo va;  
Si tal vez sacude  
A la enfermedad,  
Se acredita el ciego  
De lince sagaz;  
Mas si, por desgracia,  
Al enfermo da,

El ciego no es ménos  
Que un topo brutal.  
¿Quién sabe cuál fuera  
Mas temeridad,  
Dejarlos matarse  
O ir á meter paz?  
Antes que te dejes  
Sangrar ó purgar,  
Esta es fabulilla  
Muy medicinal.

## FÁBULA III.

## EL CANARIO Y EL GRAJO.

(El que para desacreditar á otro recurre á medios injustos, suele desacreditarse á sí propio.)

Hubo un Canario que, habiéndose esmerado en adelantarse en su canto, logró divertir con él á varios aficionados y empezó á tener aplauso. Un Ruiseñor extranjero, generalmente acreditado (1), hizo particulares elogios de él, animándole con su aprobacion.

Lo que el Canario ganó, así con este favorable voto, como con lo que procuró estudiar para hacerse digno de él, excitó la envidia de algunos pájaros. Entre éstos habia unos que tambien cantaban, bien ó mal, y justamente por ello le perseguian. Otros nada cantaban, y por lo mismo le cobraron odio. Al fin un Grajo, que no podia lucir por sí, quiso hacerse famoso con empezar á chillar públicamente entre las aves contra el Canario. No acertó á decir en qué cosa era defectuoso su canto; pero le pareció que para desacreditarle bastaba ridiculizarle el color de la pluma, la tierra en que habia nacido, etc., acusándole, sin pruebas, de cosas que nada tenían que ver con lo bueno ó malo de su canto. Hubo algunos pájaros de mala intencion que aprobaron y siguieron lo que dijo el Grajo.

Empeñose éste en demostrar á todos que el que habian tenido hasta entónces por un Canario diestro en el canto, no era sino un borrico, y que lo que en él habia pasado por verdadera música era en la realidad un continuado rebuzno. «Cosa rara! decian algunos; el Canario rebuzna; el Canario es un borrico.» Extendióse entre los animales la fama de tan nueva maravilla, y vinieron á ver cómo un Canario se habia vuelto burro. El Canario, aburrido, no queria ya cantar; hasta que el Aguila, reina de las aves, le mandó que cantase para ver si en efecto rebuznaba ó no; porque, si acaso era verdad que rebuznaba, queria excluirle del número de sus vasallos los pájaros. Abrió el pico el Canario, y cantó á gusto de la mayor parte de los circunstantes. Entónces el Aguila, indignada de la calumnia que habia levantado el Grajo, suplicó á su señor, el dios Júpiter, que le castigase. Condescendió el dios, y dijo al Aguila que mandase cantar al Grajo. Pero cuando éste quiso echar la voz, empezó, por soberana permission, á rebuznar horrosamente. Riéronse todos los animales y dijeron: *Con razon se ha vuelto asno el que quiso hacer asno al Canario.*

## FÁBULA IV.

## EL GUACAMAYO Y EL TOPO.

(Por lo general pocas veces aprueban los autores las obras de los otros, por buenas que sean; pero lo hacen los inteligentes que no escriben.)

Mirándose al soslayo  
Las alas y la cola un Guacamayo  
Presumido, exclamó: «Por vida mia,  
Que aun el Topo, con todo que es un ciego,  
Negar que soy hermoso no podria...»  
Oyólo el Topo y dijo: «No lo niego;  
Pero otros guacamayos por ventura  
No te concederán esa hermosura.»  
El favorable juicio  
Se ha de esperar más bien de un hombre lego  
Que de un hombre capaz, si es del oficio.

(1) El célebre Metastasio.

## FÁBULA V.

## EL CANARIO Y OTROS ANIMALES.

(Hay muchas obras excelentes que se miran con la mayor indiferencia.)

De su jaula un dia  
Se escapó un Canario,  
Que fama tenia  
Por su canto vario.  
«¿Con qué regocijo  
Me andaré viajando,  
Y haré alarde, dijo,  
De mi acento blando!»  
Vuela con soltura  
Por bosques y prados,  
Y el caudal apura  
De dulces trinados.

Mas ¡ay! aunque inventó  
El más suave paso,  
No encuentra viviente  
Que de él haga caso.

Una Mariposa  
Le dice burlando:  
«Yo de rosa en rosa  
Dando vueltas ando.  
» Serás ciertamente  
Un músico tracio;  
Pero busca oyente  
Que esté más despacio.—  
» Voy, dijo la Hormiga,  
A buscar mi grano...  
Mas usted prosiga,  
Cantor soberano.»

La Raposa añade:  
«Celebro que el canto  
A todos agrade;  
Pero yo entre tanto  
»(Esto es lo primero)  
Me voy acercando  
Hacia un gallinero  
Que me está esperando.—  
»Yo, dijo un Palomo,  
Ando enamorado,  
Y así el vuelo tomo  
Hasta aquel tejado.  
» A mi palomita  
Es ya necesario  
Hacer mi visita;  
Perdone el Canario.»  
Gorjeando estuvo  
El músico grato;  
Mas apenas hubo  
Quien le oyese un rato.  
¡A cuántos autores  
Sucede otro tanto!

## FÁBULA VI.

## EL MONO Y EL ELEFANTE.

(Muchos autores celebran solamente sus propias obras y las de sus amigos ó condiscipulos.)

A un congreso de varios animales  
Con toda seriedad el Mono expuso  
Que, á imitacion del uso  
Establecido entre hombres racionales,  
Era vergüenza no tener historia,  
Que, al referir su origen y sus hechos,  
Instruirles pudiese y darles gloria.  
Quedando satisfechos  
De la propuesta idea,  
El Mono se encargó de la tarea,  
Y el r. y Leon en pleno consistorio  
Mandó se le asistiese puntualmente  
Con una asignacion correspondiente,  
Ademas de los gastos de escritorio.  
Pide al ganso una pluma  
El nuevo autor; emprende su faena,  
Y desde luego en escribir se estrena  
Una histórica suma,  
Que sólo contenia los anales  
Suyos y de los monos compañeros;

Mas pasando despues años enteros,  
Nada habló de los otros animales,  
Que esperaron en vano  
Volver á ver más letra de su mano.  
El Elefante, como sabio, un dia  
Por tan grave omision cargos le hacia,  
Y respondiéndole el Mono: «No te espantes;  
Pues aun en esto á muchos hombres copio.  
Obras prometo al público importantes,  
Y al fin no escribo más que de mí propio.»

## FÁBULA VII.

## EL RIO TAJO, UNA FUENTE Y UN ARROYO.

(Los escritores sensatos, aunque se digan desatinos de sus obras, continúan trabajando.)

«En tu presencia, venerable rio  
(Al Tajo de este modo habló una Fuente),  
De un poeta me quejo amargamente,  
Porque ha dicho (y no hay tal) que yo me rio.»  
Un Arroyo añadió: «Si, padre mio;  
Es una furia lo que ese hombre miente.  
Yo voy á mi camino, no censuro,  
Y con todo se empeña en que murmuro.»  
Dicen que el Tajo luego  
Así les respondió con gran sosiego:  
«¿No tengo yo tambien oro en mi arena?  
Pues ¡qué! ¿de los poetas os espantan  
Los falsos testimonios?... No os dé pena.  
Mayores entre sí se los levantan.  
*Reid y murmurad enhorabuena.*»

## FÁBULA VIII.

## EL CARACOL Y LOS GALÁPAGOS.

(Aunque se reúnan varios sujetos para escribir una obra, si carecen de ciencia, tan despreciable saldrá como si la hubiese escrito un ignorante solo.)

Aunque no es bueno el todo  
Si no lo son las partes,  
Y vale poco el cuerpo  
En que cada individuo poco vale,  
Muchos que obras no estiman  
De los particulares,  
Si éstos las hacen juntos,  
Con respeto los miran al instante.  
Un Caracol terrestre,  
Al caer de la tarde,  
Salió á tomar el fresco,  
Y á un Galápago vió que iba de viaje.  
«No se apresure, hermano»,  
Le dijo por burlarse  
Que desahogue mi pesar contigo.  
Añadiendo otras pullas bien picantes.  
Diez Galápagos juntos  
Topó más adelante,  
Que de un pequeño charco  
Pasaban á buscar otro más grande.  
Y el Caracol entónces  
A cuadrilla tan grave  
Dejó libre el camino,  
Diciendo únicamente: «Ustedes pasen.»  
Al Galápago solo  
Tuvo por despreciable,  
Pero á los diez unidos  
Tuvo como á personas de carácter.

## FÁBULA IX.

## LA BERRUGA, EL LOBANILLO Y LA CORCOVA.

(De las obras de un mal poeta, la más reducida es la ménos perjudicial.)

Cierto poeta  
Que, por oficio,  
Era de aquellos  
Cuyos caprichos  
Antes que pudan  
Ponerse en limpio  
Ya en los teatros  
Son aplandidos,  
Trágicos dramas,  
Comedias hizo,

Varios sainetes  
De igual estilo.  
Aunque pagado  
De sus escritos,  
Pidió, no obstante,  
A un docto amigo  
Que le dijera  
Sin artificio  
Cuál de su aprecio  
Era más digno.  
El le responde:  
«Yo más me inclino  
A los sainetes.—  
¿Por qué motivo?—  
Tenga paciencia;  
Voy á decirlo...  
Oigame un cuento  
Nada prolijo.  
» Una Berruga,  
Un Lobanillo  
Y una Corcova,  
¿Miren qué trio!  
Sois todos tres, á la verdad, tan buenos,  
Que bien puedes decir: *Del mal el ménos.*»

## EPÍSTOLAS EN VERSO.

## EPÍSTOLA PRIMERA.

Escrita, en 11 de Noviembre de 1774, á don Josef Cadalso, á la sazón que éste se hallaba en Montijo, y envidiaba al autor la fortuna de vivir en Madrid entre literatos.— Describe el estado de la literatura en esta corte.

Tú, que en ese rincón de Extremadura  
Desterrado te ves, tan triste y solo,  
Que ser habitador se te figura  
Del Antártico polo,  
Deja ya de envidiarme la ventura  
De residir aquí, donde imaginas  
Que vivo acompañado  
De musas españolas y latinas,  
Y donde piensas tú que en alto grado  
Estiman al amante de las letras.  
¡Qué mal, qué mal penetras,  
Oh mi Dalmiro, el lamentable estado  
De la sabiduría en esta corte,  
Dos siglos há maestra de las ciencias,  
Y en el nuestro aprendiz de las del Norte!  
La causa de este mal, sus consecuencias  
A referirte voy. Permite, amigo,  
Que desahogue mi pesar contigo.  
La mala educacion echó raíces.  
Los niños que de escuela carcieron  
En sus primeros años infelices,  
Ya son hombres idiotas, que subieron  
A ocupar los empleos de importancia,  
En que es leve defecto la ignorancia.  
¿Quién te ha dicho que aquí desacredita  
A un racional el ver que no ejercita  
La parte intelectual de su individuo?  
Comen, duermen, se adornan, se pascan,  
Y del día el residuo  
En total ocio ó en el juego emplean.  
Gastan dinero, tren, tiempo en visitas,  
Las paciencias de todos (que aun no bastan),  
Y sólo sus potencias jamas gastan,  
Que al morir se las dejan nuevecitas.  
—¿Con que, se casa Julia?  
—Y si Lisardo muere, ¿quién le hereda?  
—Muy pobre estuvo anoche la tertulia.  
—¿Bonito frac! ¿Es algodón ó seda?  
—¿Qué has perdido?— Diez onzas de un envite.  
—Aquel hombre riñó con la Fulana.  
—¿Han mudado comedia? Si el convite  
No se acaba muy tarde, iré mañana.—  
Estos son sus discursos, sus ideas,  
Sus artes y científicas tareas.

Isócrates y Euclides resuciten;  
Vengan Virgilio y Ciceron, reciten  
Graves sentencias, sólidas doctrinas;  
Solís y Garcilaso en las esquinas  
Fijen limada prosa y dulce verso;  
Corra el naturalista el universo,  
Afánese y adquiera  
Cuantas preciosidades y portentos  
Puede ofrecer naturaleza entera;  
Verán por galardón de sus talentos  
Que un jugador de manos, la gigante,  
Un pájaro de América ó del Norte,  
Una muchacha que en las tablas canta,  
Y otras insustanciales menudencias,  
Alborotan la corte,  
Surtan de diversion las concurrencias,  
Y el libro bien escrito,  
Por más que en los carteles se señale  
Con la letra más gorda de la imprenta,  
Como á todo el lugar le importa un pito,  
Expuesto queda á perdurable venta.  
¡Y pobre del autor que sobresale,  
Que si el injusto público le mienta,  
Es para alzar contra su fama el grito!  
Primeramente nuestro bello idioma,  
Competidor del de la antigua Roma,  
Sujeto yace á dura servidumbre.  
Escribiente sin regla ni cuidado;  
Háblanle por costumbre;  
Sus delicados fueros no veneran;  
Nadie le estudia, todos le adulteran.  
Si alguno se ha esmerado  
En escribir pesando las dicciones,  
Después de mil prolijas correcciones,  
La turba de lectores, indiscreta,  
Hace de la elegancia igual aprecio  
Que del peor estilo de gaceta.  
Ya se acabó aquel tiempo en que hubo necio  
Que pasaba las noches y los días  
Limando sordamente sus escritos,  
Fiel censor de retóricos delitos,  
Exacto en evitar cacofonías,  
Vocablos forasteros, redundancias,  
Frasas impropias, malas concordancias.  
Hoy cada cual se explica como quiere:  
Si habla castizo ó no nadie lo inquiera.  
Escribir con borrones ya no es moda;  
¡Nuevo y útil convenio,  
Que á todos los bolonios acomodal  
Y los que se temían  
Como penosos partos del ingenio,  
Ahora son abortos repentinos.  
Los ásperos caminos  
Que antiguamente á pocos conducían  
Del remoto Parnaso á las alturas,  
Hoy se han vuelto llanuras,  
Por donde, sin peligros ni sudores,  
Se pasean serviles traductores.  
Ellos son, oh Dalmiro, los perversos  
Traidores al lenguaje de su tierra,  
Y que haciéndole están continua guerra.  
¡Oh, quiera el justo Apolo  
(Pues se lo pido así en mis pobres versos)  
Que cuanto aquéllos en su vida escriban  
Quede, como archivado en protocolo,  
Del más necio librero en la trastienda;  
Que sólo de ello los gusanos vivan,  
Y eterno polvo empuerque tal hacienda,  
Que ni los confiteros la reciban,  
Ni aun merezca servir para cohetes  
O para alfombra en lóbregos retretes!  
Si, legos traductores,  
Caiga sobre vosotros mi anatema,  
Viciosos corruptores,  
Los que á la pura lengua castellana  
Pegasteis una gálica apostema,  
Que en su cuerpo no deja parte sana.  
Pero, amigo, si acaso el sufrimiento  
Te basta para oír cuál me lamento  
De nuestra erudición y su ruina,  
Sabe, pues, que el estudio indispensable  
De la noble y matriz lengua latina,

Confiado á una secta inexpugnable (1)  
De adustos preceptores,  
O de antiguos errores  
O de nuevas pasiones inducidos,  
Victima es hoy de acérrimos partidos,  
Padeciendo el bien público entre tanto.  
Unos á la instrucción tomos dedican  
Que en número y volumen dan espanto;  
La memoria del jóven mortifican,  
Su entendimiento ofuscan,  
La voluntad le cansan. Otros buscan  
Defectos que objetar á un arte breve,  
Metódico y cabal cuanto es posible,  
Que nuestra España debe  
Al que en un solo libro, en patrio idioma  
Y en verso inteligible,  
Que de memoria sin afán se toma,  
Dió, según orden justo, reglas fijas,  
Útilmente copiosas, no prolijas.  
Otros hasta la muerte son parciales  
De aquel arte confuso  
Que en las manos el dómone les puso  
Cuando, á poder de fieros cardenales  
Y de recias palmetas, en sus mentes  
Introdujo gramáticos principios,  
Cortos, oscuros, falsos, imprudentes,  
Con duros versos y con flojos rípios.  
Y pues los libros del antiguo Lacio,  
Modelos de elocuencia y poesía,  
El filósofo Tulio, el cuerdo Horacio,  
Más se olvidan é ignoran cada día,  
¡Bien haya el erudito que, si escribe,  
Da por prision á su obra el cartapacio,  
De donde no la saca mientras vive,  
Por no exponerla al triste menoscabo  
En que no incurre acaso la de un necio!  
Mas ¡si pretenderán los defensores  
De la antigua enseñanza madrileña  
Que donde, por gramática, se enseña  
No sé qué jergonza y greguería,  
Monserga, guirigay ó algarabía,  
Sobresalgan poetas y oradores?  
¡Ojalá no ofreciera el mismo templo  
De elocuencia infeliz más de un ejemplo!  
Pláticas oírán contra escolafetas,  
Calzados, rascamóños, mantelietas,  
Retruécenos tal vez, tal vez consejas,  
De aquel lugar impropias, y con gritos  
Espantajo de niños y de viejas;  
Mas si una corrección de los delitos,  
Energica, fundada é instructiva,  
Con seriedad, con arte y persuasiva;  
Si un estilo oratorio digno y puro,  
Perceptible y no bajo,  
Culto sin ser oscuro,  
Quieren buscar, les costará trabajo.  
Son raros los que en púlpito ú en foro  
Guardan á la retórica el decoro.  
Pues ¡qué será si la atención convierten  
A ese par de teatros que divierten  
Al matritense vulgo, y le habitan  
A falsa idea de lo que es un drama;  
Que en las rudas molleras perpetúan  
La no envidiable fama  
De absurdos é increíbles fabulones,  
En que el poeta con el arte juega  
A la gallina ciega,  
Y á tientas gira, dando tropezones?....  
Mas perdona, Dalmiro,  
Si por mi ingenuo celo,  
Y por el compasivo desconsuelo  
Con que el atraso de las letras miro,  
Y el estrago infeliz que las espera,  
Esta epístola mía  
Casi en declamación ya degenera.  
Y por más que te dé melancolla  
Carecer de este mundo literario,

(1) *Genis dura atque aspera cultu  
Debellanda tibi Laño est.*  
(Verg., *Enéid.*, v. 730.)  
Con nación de un inculto y duro trato  
Has de lidiar en la region latina.

Yo la suerte contigo trocaría  
Y en Montijo viviera solitario,  
Donde tratara simples labradores,  
Y no idiotas preciados de doctores.  
Por fin, Dalmiro, hagamos un ajuste  
(Y aunque es muy de temer que te disguste):  
Si me envías un cándido ignorante,  
Te regalo un fantástico pedante.

## EPÍSTOLA II.

Escrita, en 8 de Julio de 1777, al mismo don Josef Cadahalso, dedicándole la traducción del *Arte poética* de Horacio.

Recibe, oh buen Dalmiro, por tributo  
Debido á tu amistad, ese volumen,  
Código en que las leyes se resumen  
Del crítico y poético instituto,  
Y acógele benigno, como fruto  
De un gran trabajo y de un escaso número.  
Desde luego verás en su portada  
Mucho renglón de letra floreada,  
Con su poco de epigrafe latino  
Del romano orador más estupendo,  
Y en el folio vecino  
Un discurso tremendo  
Para los que blasfeman de quien hable  
Contra libros del tiempo venerable.  
Proseguirás leyendo  
Versos á izquierda, versos á derecha,  
Unos en un idioma ya perdido  
Y otros en el que ya se va perdiendo,  
Y encontrarás al fin larga cosecha  
De necesarias notas,  
Que serán á esta fecha  
Pábulo de envidiosos ó de idiotas.  
Pagué á los impresores sus propinas;  
Salió el tomo anunciado en la *Gaceta*:  
Vi mi nombre estampado en las esquinas;  
Nada falta, la obra está completa.  
«No, me dirás, te falta lo primero,  
Y mereces dar vueltas á una noria,  
Pues lo mejor dejaste en el tintero,  
No queriendo poner dedicatoria.»  
Mas referirte en confianza quiero  
De serias reflexiones el conjunto  
Que antes hice á mis solas sobre el punto.  
Ocurrióme buscar algún magnate  
Que de mi traducción fuese padrino;  
Pero dije después: ¡Qué desatino!  
Es, por ventura, Horacio un botarate,  
Que escribe algún sainete chabacano  
O zarzuela de noches de verano,  
Llena de impropiedades,  
Indecencias, errores, necedades,  
O alguna tonadilla divertida,  
En que cuente una cómica su vida?  
¡O el pobre traductor que con esmero  
Interpretó la epístola *ad Pisones*,  
Ha compuesto romances ó canciones,  
Pintando á Costillares (1) y á Romero  
Como los dos famosos campeones  
Que más ilustran hoy el reino ibero?  
No, no, por ningún caso;  
Que si lo sabe Apolo justiciero,  
Me cerrará la entrada del Parnaso.  
Pensé luego si acaso  
Fuera más justo consagrar mi escrito  
Al gremio, presumido de erudito,  
Que suele frecuentar las librerías;  
Pero dije al instante: No en mis días.  
¡A quién perdona el numeroso bando  
De los que, viendo libros por el forro,  
Y tan sólo citando  
Nombres y frontispicios,  
Tienen pasmado á veces todo un corro?  
También alguno de ellos se figura

(1) Costillares y Romero son los célebres toreros estoqueadores que, cuando se escribió esta epístola y aun mucho tiempo después, tenían la nación dividida en dos bandos, intitulados de *costillaristas* y *romeristas*. En el día es inútil esta advertencia; pero será curiosa en los siglos venideros.

Que entre buenos patricios  
Que aman la nacional literatura,  
Hace honroso papel, porque deprime,  
Como que ya del público es esclavo,  
Al que por celo, y sin ganar ochavo,  
Con otra aprobación su libro imprime.  
Hablará en una tarde un tomo en folio,  
Mayor que el *Diccionario de Nizolio*,  
Y no escribe una página de octavo.  
Y el otro, que pretende  
Ganar la palma de escritor, emprende,  
Salga melon ó salga calabaza,  
Cualquier libro frances, y le disfrazo,  
A costa de poquísimo trabajo,  
En idioma genizaro y mestizo,  
Diciendo á cada voz: Yo te bautizo  
Con el agua del Tajo,  
Por más que hayas nacido junto al Sena;  
Y rabie Garcilaso enhorabuena,  
Que si él hablaba lengua castellana,  
Yo hablo la lengua que me da la gana.  
No permitan las Musas que mi Horacio  
Salga en dedicatoria ó en prefacio,  
Implorando favores,  
Elogio ú protección de estos señores.  
Poco después se me ofreció la idea  
De consagrar al matritense vulgo  
Esta nueva tarea,  
Que para bien del público divulgo,  
Pues de aquel gran maestro los consejos  
Remedio suelen ser de abusos viejos.  
Crei que su lectura alcanzaria  
A dar un susto á *Marta* y *Bayalarde*,  
Que reinan en las tablas todavía;  
Mas vi que la reforma está muy lejos,  
Pues quiso mi fortuna que una tarde  
Entrase en lo que llaman coliseo,  
Donde ofrecen recreo  
Que no fuera recreo en Berbería,  
Ni en el siglo duodécimo lo fuera.  
De dos ingenios era,  
O de tres, la comedia que se hacia,  
Y oi que en medio de ella un comediante  
Dijo con seriedad: «Sepa el discreto  
Que lo representado es de Moreto,  
Y sigue el otro autor de aquí adelante.»  
Me confundo, me aturdo,  
Quédome frio, sonrojado, absorto,  
No del terrible absurdo,  
Pues de un ingenio al arte no sujeto,  
Más que un buen parto, espero yo un aborto,  
Sino de la plebeya tolerancia,  
Hija de una torpísima ignorancia.  
Noté que con espíritu pacato  
Sus puestos conservó la gente toda.  
Las palmadas irónicas de moda,  
Que han sido sucesoras del silbato,  
Yo no sé para cuándo se guardaban.  
Ni yo vi en los semblantes  
De los muchos y honrados circunstantes  
Muestras de que tal vez se disgustaban.  
Ni desde la tertulia á la luneta  
Oí run-run que al bárbaro poeta  
Condensase, ú al cómico insolente,  
Y aqúeste mismo vulgo que, indolente,  
Con tan rara humildad todo esto aguanta,  
Siéndole, al parecer, indiferente  
Lo que se representa, ó bien se canta,  
Con gran teson, con fervoroso empeno,  
Por esta ó por aquella comediante  
Se apasiona tal vez, se quita el sueño,  
Disputa, se atormenta,  
Se pica, se acalora y se impacienta.  
¡Nunca has pisado el suelo madrileño  
Durante aquellos días  
De la santa euresma,  
En que se enganchan ambas compañías?  
¡No has visto cómo copian una resma  
De listas, que contienen  
Nombres, patrias y grados  
De los farsantes que de fuera vienen,  
Como de los que salen descartados,

O de los que ajustados se mantienen?  
 ¡ Con qué curiosidad, con cuánto anhelo,  
 Con qué parcialidades y pendencias  
 Andan todos en varias concurrencias  
 Por aquel manuscrito al redopelo!  
 El empeño es saber quién representa,  
 Si la Anastasia queda cuarta ó quinta,  
 Si será la Isabel sobresaliente,  
 Si es dama la Violante ó la Jacinta;  
 Pero ninguno averiguar intenta  
 Si los dramas serán buenos ó malos,  
 Ni si en los intervalos  
 Han de ofrecer sainetes insolentes,  
 Modelos de pacíficos maridos,  
 De tunos y de pillos indecentes,  
 O baile de candel que acabe en palos,  
 Ni si saldrán vestidos  
 Neron con su peluca y su casaca,  
 O con sus dos relojes doña Urraca.  
 Lo mismo es esto que buscar violines,  
 Un violon, contrabajo, clave y viola,  
 Oboes ó flautas, trompas ó clarines  
 Y timbales que metan batabola,  
 Y cuando ya la orquesta se convoque,  
 Música no tener para que toque,  
 O tenerla tan mala y displicente,  
 Que á los ratones de la casa ahuyente.

Con un pueblo que sufre vicios tales,  
 Aun cuando bien conoce el desatino,  
 No es decente que el docto Venusino  
 Malegre sus discursos racionales,  
 Ni soy yo tan injusto, necio ó loco,  
 Que pretenda tampoco  
 Que á Horacio estudien los que nada leen,  
 Y menos en la tierra donde creen  
 Que el arte y sus preceptos verdaderos  
 Son invencion moderna de extranjerios.  
 Fundado en estas sólidas razones,  
 Y otras que no te explico  
 Por evitar molestas digresiones,  
 Mi tomo á poderosos no dedico,  
 Ni á los que se intitulan literatos,  
 Ni á espíritus plebeyos insensatos.  
 Te le dedico á tí, Dalmiro amigo,  
 Para que con Horacio, y áun conmigo,  
 Juicioso te lamentos ó te rias  
 Del buen gusto que reina en nuestros dias.  
 Cuando yo de este mundo al otro parta,  
 Si vivo estás y mi recuerdo estimas,  
 Mi traduccion te pido que reimprimas,  
 Y por dedicatoria aquesta carta.

### EPÍSTOLA III.

Escrita en 9 de Setiembre de 1777, respondiéndolo á un amigo que instaba al autor á que sacase á luz algunas composiciones.

La carta en que el proyecto me sugieres  
 De dar á luz alguna obrilla mia,  
 Que con benigno voto aprobar quieres,  
 Llegó á mis manos, Fabio, el otro dia,  
 Cuando me levantaba cabalmente,  
 No con el entusiasmo y alegría  
 Que en ciertos ratos un poeta siente,  
 Sino con mal humor, melancolia,  
 Severo enojo y tedio impertinente.  
 La imagen del descrédito, disgustos,  
 Persecucion, abatimiento y sustos,  
 Que un miserable autor aquí tolera,  
 Se me ofreció tan viva á la memoria,  
 Que empecé á discurrir de esta manera:  
 O por el interes ó por la gloria  
 Los ingenios se animan. Pero, en suma,  
 ¿ Qué gloria, que interes nos da la pluma?  
 A la verdad que á un mero literato  
 Las letras solas no darán un plato,  
 No digo de falsanes y compotas,  
 Pero ni áun de sardinas ó bellotas.  
 Si el infeliz no tiene  
 Más facultades que las tres del alma,  
 Ni más caudal que el de sabiduría,  
 Beberá el agua clara de Hipocrene

En vez de chocolate y malvasía;  
 Alguna burda enjalma  
 Será su lecho blando,  
 Y el cordellate apreciará algun dia  
 Como el paño mejor de San Fernando.  
 Yo nunca he visto, en Dios y en mi conciencia,  
 Las gratificaciones,  
 Los distinguidos puestos, las pensiones  
 Con que en este Madrid se diferencia  
 El que decora á Tácito y Virgilio  
 Del que masca el Breviario y el concilio.  
 Veo, sí, con galones, mesa y coche  
 Al que firmar su nombre sabe apénas,  
 Mientras alguno en útiles faenas  
 A la luz de un candil pasa la noche,  
 Rodeado de Servios y Macrobios,  
 Vosios, Erasmos, Grevios y Gronovios.  
 El menor mal del que á estudiar se inclina  
 Es que, olvidando á Ciceron y Horacio,  
 Logre la ocupacion de una oficina  
 Y en dos horas farfulle un cartapacio.  
 Trueque el estudio de artes y de idiomas  
 Por aquellos científicos axiomas:  
 Con el fiscal, y pase á escribanía;  
 Pídase informe á la contaduría;  
 Unase al expediente;

Examínese si hay antecedente;  
 Acúcese el recibo,  
 Y entreguense los autos al archivo.  
 Con esto un hombre, por lo ménos, pasa;  
 Y si tanto le acosa el hado impío,  
 Que, estando el siglo como está, se casa,  
 Socorre á su viuda un monte-pío,  
 Y de todas maneras, mejor dote  
 La dará que un poeta, un tagarote.  
 Los tesoros y dádivas que acopia  
 Amaltea en su bella cornucopia  
 No alcanzan á los súbditos de Apolo;  
 No, con laureles se contentan sólo.  
 ¿ En qué buena república hay oficio  
 Que á los que le profesan no alimente  
 Y les sirva de fondo vitalicio?  
 Pero el decoro pide que no rente  
 Al escritor ni un cuarto su ejercicio.  
 Es arte liberal, noble tarea,  
 Que ningun estipendio,  
 Sino el de aplausos y de honor, codicia.  
 Bien noble y liberal es la milicia,  
 Y no hay, con todo, general que crea  
 Que de su profesion es vilipendio  
 Acudir muy puntual por su mesada,  
 Aunque deje al morir virgen su espada.  
 Ello es que en este suelo, en esta era,  
 La difícil carrera

De las letras humanas nada vale.  
 Por más que el sabio desprenderse quiera  
 Del oro vil, la cuenta no le sale;  
 Pues tanto como al necio,  
 De quien él suele hacer alto desprecio,  
 Obliga á su merced la ley precisa  
 De no vivir sin pan y sin camisa;  
 Y la filosofia, que abundante  
 Se ve de ideas y pomposos nombres,  
 Limosna pide al fin, cual vergonzante,  
 A la Pecunia, reina de los hombres.  
 ¿ No la aconsejarán que tenga juicio,  
 Que no sea tan vana y dominante,  
 Y que tome otro oficio  
 Antes que se le den en el Hospicio?  
 Mas oigo á muchos ya, que me replican  
 Que no todos los doctos son hambrientos,  
 Pues varios hay que á trabajar se aplican  
 Por la fama que adquieren sus talentos.  
 ¡ Fama! ¡ Sonora voz, con que infinitos  
 Se dejan engañar, creyendo existe!  
 No la hallará en su vida el que se aliste  
 Entre los matritenses eruditos.  
 Lo regular será que se malquiste;  
 Que ántes que salga su obra de la prensa  
 Ya se la estén mordiendo los malignos;  
 Que le atribuyan cosas que no piensa,  
 Que le apoden con términos indignos,

Y las calumnias, réplicas, libelos  
 Sean toda la gloria y recompensa  
 Que creyó merecer con sus desvelos.  
 — Martirio por la patria se padece,  
 — Es verdad si la patria lo agradece,  
 No cuando premia ociosos imperitos.  
 Muchos é injustos son, y el alboroto  
 De sus confusos gritos  
 No nos deja esenchar el cuerdo voto  
 De este ú aquel censor que hace justicia  
 Sin lisonja, sin odio, sin malicia.

Habrà quien al oír tales lamentos  
 Diga: ¿ Que estos señores literatos  
 Siempre hayan de quejarse descontentos!  
 ¿ Pretenden, por ventura,  
 Que en premio de sus útiles conatos  
 Les crijen estatuas á docenas,  
 Como lo acostumbró la antigua Atenas?  
 No siempre el siglo de un Augusto dura,  
 Ni nacen como quiera los Mecénas.  
 ¿ Es tal de los poetas la locura,  
 Que áun esperan, no obstante,  
 Que en los teatros el concurso todo,  
 Al esenchar sus versos, se levante  
 Con reverente admiracion, al modo  
 Que lo hizo (1) un dia la romana gente  
 Cuando unos de Virgilio casualmente  
 Empezó á recitar un comediante?

— No, no aspiran á honor tan soberano.  
 Sólo piden que un pueblo que dar quiso  
 Cinco mil pesos por un breve instante  
 En que salió, con superior permiso,  
 Al circo madrileño un feo enano,  
 Llevando á una gigante de la mano  
 Y á otro lado un hombrón medio gigante,  
 Pague una vez quinientos, á lo ménos,  
 Por la edicion de un par de libros buenos.  
 Buenos digo, pues malos ya los paga;  
 Y á fe que hay de éstos una egipcia plaga,  
 Mientras que yacen en olvido injusto  
 Algunos pocos que dictó el buen gusto.  
 Antes de mucho, en las confiterías  
 Nos han de envolver chochos,  
 O en las botillerías  
 Han de cubrir los cestos de bizcochos  
 Con prosa de Saavedra y de Moncada.  
 No ha de haber droguería ni botica  
 En que toda vasija, grande ó chica,  
 No se guarde tapada  
 Con hoja en que esté impreso  
 El dulce lamentar de dos pastores (2).  
 Así se animarán nuevos autores  
 A imprimir obras que vender al peso.

Pero tú me dirás: Emborabuena,  
 No escribas por codicia pecuniaria,  
 Ni tampoco te dé la menor pena  
 Esa maldicencia literaria  
 Que todo, sin exámen, lo condena.  
 Escribe por el póstumo renombre  
 Que tendrás en los siglos venideros,  
 Trabaja sin aplausos ni dineros;  
 Que un dia, al fin, te llamarán grande hombre.  
 Pero, Fabio, ese fruto  
 ¿ Quién le ha de recoger? ¿ Mi calavera?  
 Y aunque pague honorífico tributo  
 A mis cenizas la nacion entera,  
 ¿ Es éste, por ventura, un lenitivo  
 De los males que paso mientras vivo?  
 Pregúntale á Cervantes qué provecho  
 Hoy goza como autor de *Don Quijote*;  
 Si está muy satisfecho  
 De que, celosa, una academia vote  
 Que aquella famosísima novela  
 Se imprima por *Ibarra* en papel fino  
 Y la encuaderne *Sancho* en tafete,  
 Y si esto le consuela  
 De haber sufrido un mísero destino,

(1) *Testis ipse populus, qui auditus in theatro versibus Virgiliti, surrexit universus, et forte presentem spectantemque Virgilium venerat est, sic quasi Augustum. TACITUS (vel, ut alii malunt, QUINTILIANUS), Dialogo de Oratoribus.*

(2) Verso de Garcilaso.

Y haber muerto el pobrete  
 Acosado de críticas sangrientas,  
 Con que dieron sobre él plumas é imprentas.  
 Esas glorias tardias  
 (Aun cuando á merecerlas yo llegára)  
 Las truceo todas por pasar mis dias  
 Sin que ninguno me eche nada en cara  
 Ni me aflijan satíricas porfias.  
 El único partido y el más justo  
 Es renunciar al literario gremio,  
 No escribir ya por ambicion de premio,  
 No por gloria presente ni futura,  
 Sino por diversion, por mero gusto  
 Y evitando la pública censura.  
 Desde hoy, sin que la envidia me haga mella,  
 La vida pasaré quieta y segura;  
 Desde hoy (pues á la actual literatura  
 Domina aquí tan azarosa estrella)  
 He de olvidarla, aunque me llamen loco,  
 Ella en perderme perderá bien poco,  
 Yo pierdo ménos en perderla á ella.

De esta manera, Fabio, yo soltaba  
 La rienda á mis funestos pensamientos,  
 Lastimado de ver cuánto se agrava  
 El mal de la ignorancia por momentos.  
 No pude contenerme, y al instante  
 Un gran monton de libros que tenía  
 Sobre mi mesa, trasladé al estante,  
 Donde gocen perpétuas vacaciones  
 Entre arañas, polillas y ratones.  
 A la mano dejé sólo una *Gula*  
 De *Forasteros*, que me avise el dia  
 En que obligado vivo  
 A revolver legajos de un archivo,  
 De cuya ocupacion más fruto sacó  
 Que de ser traductor de Horacio Flaco.  
 Luégo, bajo de llave, á una gabeta  
 Ciertas obrillas mias encomiendo,  
 De aquel tiempo en que estaba yo creyendo  
 Que no era desatino ser poeta;  
 Y al sepultarlas en eterno olvido,  
 Las pongo esta inscripcion: TIEMPO PERDIDO.  
 Basgo después tu carta, porque acaso  
 Los consejos que en ella me has escrito  
 Sobre que me entrometa en el Parnaso,  
 No me abran algun dia el apetito  
 De hacer sudar, con bien inútil pena,  
 A los prensistas de mi amigo *Mena*.

Con tal resolucion quedé tranquilo.  
 Salí de los trabajos de estudiante,  
 Y así, de aquí adelante  
 Dormiré bien y criaré buen quilo,  
 Templaré la acrimonia de la bilis,  
 Dejaré ya que cante  
 El divino Maron á su Amarilis,  
 A su Dido, á su Eneas y á su Turno.  
 No me he de hablar ya más con Robortelo,  
 Muratori, Escallero y Minturno,  
 Que el arte enseñan del señor de Delo,  
 Y perderé una mano  
 Si más tocáre el ferro á Quintiliano.  
 A bien que nada de esto es ya preciso  
 Para hacer mi papel en esta villa,  
 Yo me engalanaré como un Narciso,  
 Y por dos cuartos tomaré una silla  
 Del paseo del Prado,  
 Desde donde podré muy descansado,  
 Sin abrir libro que me dé jaqueca,  
 Sentencia pronunciar definitiva  
 Contra lo que otro escriba  
 Revolviendo la Régia Biblioteca,  
 De nuestros comediantes de ambos sexos  
 Aprenderé la lista de memoria,  
 Y aunque digan dislates inconexos,  
 Que hilvanó á toda prisa un mal poeta,  
 Nadie me ganará la palmatoria  
 En frecuentar los paleos y luneta.  
 Allí desde hoy con cara de baqueta  
 Oíré, sin tomarme pesadumbres,  
 La desvergüenza pública y notoria  
 De la escuela (que llaman) de costumbres,  
 En el siglo (que llaman) ilustrado,